

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Pesetas

Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10

PROVINCIAS

Tres meses.....	3
Semestre.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar..	8 pesetas

CORRESPONSALES

36 números de EL MOTÍN. 2,50

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

NÚMERO ATRASADO

25 céntimos.

EN FAMILIA

A LOS LECTORES DE «EL MOTÍN»

Mis queridos amigos (que bien puedo llamar así a los que me siguen y me animan en esta campaña): Me crearía rebajado dirigiéndome a la turba vocinglera y servil que me ataca, y prefiero decir lo que pienso a republicanos independientes y dignos, como lo son cuantos me honran con su confianza y su aplauso.

Mi campaña enérgica, pero razonada, contra los jefes que no quieren la unión, podría degenerar en pelea asquerosa de verduleras borrachas, solamente con que yo descendiera un poco a la sucia alcantarilla donde se revuelcan mis detractores; y me estimo en algo para hacer eso.

Por otra parte, ¿qué podría contestarle al que me dice que obedezco a rencores personales contra los jefes, yo, que he visto tres veces en mi vida al señor Zorrilla y me ha elogiado como a nadie; que he hablado dos veces con el Sr. Pi, y que nunca he cruzado mi palabra con el Sr. Salmerón? Los rencores personales nacen de amistades ó tratos anteriores, y yo no los he tenido con ninguno.

¿Qué decirle al que me tacha de buscar notoriedades, á mí, que vivo completamente retraído de los sitios donde se bulle y se adquiere popularidad, que no he pertenecido jamás á ningún comité, ni formo parte de comisión alguna, ni me presento candidato á nada?

¿Cómo responder al que me llama envidioso, cuando mi orgullo me impide serlo, y cuando de sentir envidia, la tendría de los hombres que han realizado grandes acciones: de Mendizábal decretando la desamortización, de Ríos Rosas llamando miserables á los asesinos del 10 de Abril, de Prim volviéndose con las tropas españolas de Méjico, de todos los hombres, en fin, que han rebasado la categoría de lo vulgar, de lo pequeño, de lo convencional? ¿Pero sentir envidia de Pi, que halagó el cantonalismo y combatió después á los cantonales; de Salmerón, que se escondió y huyó la madrugada del 3 de Enero; de Zorrilla, ausente siempre del peligro cuando morían los impulsados por él á la lucha! No, esa envidia no la siento: me reservo todo entero para la otra.

¿Cómo contender, en fin, con los que faltan á la verdad, tergiversan los conceptos, falsean las intenciones, poniéndose furiosos ante la idea de que alguien intente redimirlos de la esclavitud en que viven? ¿Con los que quieren presentar como únicos méritos ante sus amos, por no tener otros, el haberme combatido, para que el día del triunfo los nombren siquiera secretarios de gobiernos de provincias? ¿Cómo no sonreírme al ver á ese cúmulo de eminentes desconocidos gritar y sofocarse por lo que ni siquiera entienden?

El único cargo que acepto es el de soberbio, porque en verdad lo soy, no cuando me juzgo, sino cuando me comparo. Y bendigo esta soberbia que me hace mirar con desprecio á tantos hombres y á tantas cosas, y me impide rebajarme hasta el punto que lo hacen otros.

Los periódicos pifatas, sobre todo, se distinguen por la virulencia é injusticia de sus ataques. Se conoce que se han refugiado en sus redacciones todos aquellos héroes que el día 3 de Enero soportaron resignadamente que Pavía disolviera á puntapiés las Cortes federales. Lo que más me choca es que todos me echan en cara mis ataques al clero. Relaciono

esto con los oratorios y los devotos del partido, y no puedo por menos de pensar en los jesuitas.

Pero volviendo á los caballeros que buscan honra atacándome. No creía que la intolerancia laica alcanzase proporcionos tan tremendas: la religiosa á su lado debiera llamarse fraternidad y amor. Aquí podemos hablar contra Dios, atribuirle defectos y cualidades, negar su existencia; discutir príncipes, reyes, emperadores, papas, y poner el grito en el cielo, y con razón, cuanto alguien intenta amenguar ese derecho. Hemos batallado más de medio siglo para poder juzgar dioses, instituciones, hombres; pero se nos ha olvidado hacer esta excepción: «únicamente se prohíbe, bajo pena de la vida, discutir á los jefes republicanos.»

Lo que más ha exaltado á los pifatas es que les haya dicho que no eran capaces de firmar un documento comprometiéndose á no aceptar cargo retribuido el día que viniese la República. Les dió en lo vivo, por lo que veo. Alguno me ha replicado, haciéndome mucha gracia, que renuncié á la blanca mano de doña Leonor, porque nadie me lo ofrecería. ¡Bah! ¿Qué apostamos á que el mismo que ha escrito eso echaba las campanas á vuelo si yo me declarase pactista? Y hasta el mismo D. Francisco. Hay tantos ciegos en ese partido, que harían rey á un tuerto.

Presentía algo de lo que en el estado mayor de los partidos republicanos se ocultaba, pero francamente no contaba con tantas pequeñas pasiones, ni con tanta ambicioncilla cubierta con la máscara de la lealtad. A pretexto de defender á los jefes, de que casi todos abominan, han vomitado algunas de las tonterías que dentro llevan, y, ¡por Cristo! que deben tener gran depósito, según la prisa que se dan á soltarlas sin agotarse nunca.

Es una buena cualidad la de ser fiel á un hombre (aun cuando esta cualidad esté al alcance del más modesto perro de aguas), mas esto no autoriza á faltar á la verdad ni á negar la evidencia. ¿He dicho algo de algún jefe que no sea cierto? ¿He emitido juicio alguno acerca de ellos que no se base en un hecho, en una declaración suya? ¿Pues por qué no me imitan esos vociferadores y me atacan por mis declaraciones ó por mis actos? ¿Por qué no me convencen de que estoy en un error? Mas ¡ay! como no pueden defender á sus ídolos de los cargos que les hago, de ahí que se lancen por derroteros rabanerosos.

Porque, después de todo, ¿qué ha pasado aquí? Que en vista de que no íbamos á ninguna parte, he creído que había llegado el momento de que alguien se encargara de decir alto lo que todos nos decíamos al oído, para animar á los decaídos y seguir nuevos rumbos, si queríamos salvar la patria. Esto, y nada más que esto ha ocurrido. He colocado en el platillo de una balanza á los señores Zorrilla, Salmerón y Pi, y en el otro el pueblo republicano, y éste ha pasado infinitamente más. De un lado un país que agoniza, un pueblo que suplica, y del otro tres hombres... Se necesita algo que yo no tengo para poner éstos sobre aquéllos.

Creí durante algún tiempo que un partido podía hacer la revolución. Cuando intervine en actos que debían traerla, me convencí de que sólo podría venir y sostenerse con la unión de todos, y he trabajado y trabajado porque se realice. ¿No quieren hacerla los que pueden y deben? Pues continuaría diciéndolo y reventándolos, aun cuando me quedara solo. Una vez persuadido de que tengo razón, soy tenaz en mis propósitos.

Muchos republicanos de buena fe exclaman: «El Motín tiene razón, pero perjudica á la República al quitar prestigio á los jefes.» Prescindiendo de que otros afirman que mi campaña no tiene importancia, debo contestar á aquéllos: «No he aspirado ni aspiro á otra recompensa que á la que se reconozca hoy que tengo razón: de justificarme se encargará el tiempo.» Mas no estoy en lo cierto. Mi justificación está hecha. Si no todos, la mayoría de los que me censuran están en espíritu conmigo, aunque no estén en verdad. Hago á muchos la justicia de creer que, al tirar la pluma con que me han atacado, quedaban poco satisfechos de sí mismos, y que más de uno exclama, tapándose los oídos para no oírlo: «Pero si bien analizado piensa lo mismo que yo...»

Han pasado los jefes diecisiete años en ófimes y directes, en tiquis miquis; unas temporadas haciéndolo muy mal y otras entregados al reposo, y ahora dicen los suyos que no se unen porque El Motín los ataca. La disculpa haría reír si no afectase tanto á los intereses del partido. Si mis censuras les molestan y cesarían cuanto se uniesen, ¿por qué no me quitan el arma de la mano? No; quien impide la unión no soy yo ni ningún otro de los que combaten la actitud de los jefes; son los estados mayores de los partidos. Cada uno tiene ya acotados puestos y prebendas, y no quiere la unión que le obligaría á partirlos con los demás. Y, en suma: ¿qué tiene que ver el que yo ataque á los jefes para que ellos no se unan? Por el contrario, esa debería ser una razón más para que lo hicieran. ¿Que no es posible llegar á la unión á palos? Este es un sofisma. ¿Pido yo á nadie que se una á mí ni conmigo?

Lo que hay aquí es que creemos que la República está cerca, y que muchos gritan y tratan de congratarse con los que mañana pueden dispensar mercedes. ¡Cualquiera de esos hubiera hecho lo que yo: ponerme enfrente del Sr. Zorrilla cuando estaba en el mejor predicamento con él! Yo me he cerrado las puertas del favor con mi actitud; ellos tratan de abrirlas con la suya; yo sacrifico mis intereses á la verdad; ellos ponen á reditos sus defensas. De los jefes todos pensamos lo mismo, y la prueba es que ninguno los defiende sino atacándome. El que yo fuese esto ó aquello podría quitar autoridad á lo que dijese, nunca demostrar que eran falsos los cargos que hiciera. Dos y dos son cuatro, lo mismo si lo dice un patán que un profesor de matemáticas.

Y voy ahora con el socorrido tema de que ayuda á la monarquía todo aquel que protesta contra la conducta de los jefes. Las variaciones de ese tema son infinitas, casi tanto como las de la malagueña en la guitarra. Si alguien ayuda aquí á la monarquía son los que mantienen las divisiones entre los republicanos; los que, á título de una consecuencia falsa é infecunda, se aferran en defender anacronismos que ponen á la nación en guardia contra nosotros, no por lo que tienen las ideas de radicales, sino por lo que les sobra de absurdas.

Otra de las cosas que nos pierden es la impresinabilidad.

Triunfa el Sr. Salmerón en Gracia de un candidato sin nombre y sin prestigio, y echamos alborozados las campanas á vuelo, y «¡Esto se va! ¡La monarquía ha muerto! ¡La República ha triunfado!», exclamamos en todos los tonos. Se abrazan Pi y Salmerón en el andén del Mediodía, y «¡vivan Salmerón y Pi! ¡La unión está hecha!» gritamos entusiasmados. Y, efectivamente, ni uno ni otro han vuelto á hablar de la unión, ni nadie se acuerda ya de lo que se hizo y se habló aquel día.



D. Santos La Hoz.

Lit. Romillo, Fuentes, 11. MADRID.

Ahora han dado algunos en decir: «Los periódicos que atacan á los jefes impiden la unión entre los republicanos.» «El MOTIN es el culpable de que no se realice la unión.» Y los que tienen interés en que corra esta tontería, encuentran inocentes que la crean. Mientras seamos tan impresionables, cualquiera nos convertirá en instrumento de sus pasiones, y no serviremos para nada. Ya que tanto se habla de autonomías, debiera no olvidarse la principal: la que convierte á cada individuo en un sér que piensa por cuenta propia.

Lo más triste es que con estas divisiones mezquinas, estos odios irreductibles, estas ambiciones bastardas, vamos á parar á esto: á que la República venga, pero traída por Castelar y algún elemento monárquico. El día que la vida material del país se haga imposible con la monarquía, no faltará algún nuevo Martos que pida la palabra en las Cortes para declarar que las formas de gobierno nada significan ante la salvación de la patria, y la República será proclamada; una República esencialmente conservadora, que nos dará únicamente los medios de irse convirtiendo poco á poco en reformista. ¿Y de quién será la culpa? De los que no han querido unirse para traer la revolución de los jefes y de los ambiciosos de bajo vuelo que sueñan con medrar á su sombra.

¿Y qué haremos entonces? ¿Combatirla y perturbarla, nosotros, que hemos carecido de valor para oponernos á la monarquía? Sería un verdadero crimen. Los indecisos y los cobardes de hoy mereceríamos que se nos exterminase si nos alzáramos mañana contra la República, cualquiera que ella fuese.

Mas advierto que he escrito más que pensaba, y voy á terminar, dejando para otro día otras cosillas que se me quedan en el tintero, no sin decir á mis queridos lectores:

Aun cuando no diera el resultado apetecido mi campaña, de que me envanezca más cada día, habría servido para esto: para volver á los endiosados jefes republicanos á la categoría de simples mortales; para que se dilucide hoy á costa nuestra lo que de otro modo se hubiera dilucidado mañana á costa del país; para demostrar que desunidos no podemos traer la República, ni gobernarla, ni sostenerla, si por un azar de la suerte viniera. Y me parece que todo esto bien vale la pena de oír impertinencias y saborear injurias.

Quedo de mis lectores agradecido y atento servidor

JOSÉ NAKENS.

LOS FRONTONES

Ha llegado el escándalo á tal punto, que *La Correspondencia de España* ha dado la voz de alerta. «En el mes de Mayo, dice, se ha cruzado en travesías, posturas y momios más de millón y medio de pesetas.» El colega pide que se establezca un impuesto sobre el espectáculo, y que se destine á la Beneficencia.

Tristes tiempos son los actuales. Es verdad que los pueblos en decadencia necesitan emociones fuertes para olvidar su rebajamiento.

No bastaba con el frontón de *Jai-Alai*, y se ha construido el de *Fiesta Alegre*, grande, magnífico, donde caben seis mil espectadores, que ha costado ciento diez mil duros, y que en cincuenta funciones habrá cubierto gastos.

Y es de ver en las tardes que hay función (casi todas, en uno ó en otro), llenarse los alrededores de coches blasonados y sin blasonar, llegar los tranvías atestados, invadir el local la muchedumbre, cruzarse las apuestas, y aguardar todos impacientes el comienzo del espectáculo.

Allí todas las clases de la sociedad: desde el aristócrata hasta el carbonero; desde la noble dama á la que comercia con su cuerpo; desde el ministro hasta el clérigo. ¡La democracia es un hecho ante las pelotas!

Defienden algunos esa fiesta calificándola de varonil. Muy á menos hemos venido si no podemos dar de otro modo testimonio de nuestra virilidad. Más viriles eran las luchas de gladiadores y aumentaron al compás de la decadencia de Roma, siendo el encanto de los afeminados y de las Mesalinas que olfateaban con deleite el olor de la sangre y el sudor masculino.

Pero no es la virilidad de la fiesta lo que lleva las gentes á los frontones; no. Es el juego; el juego descarado, pregonado, que satisface el ansia de dinero á la vez que la vanidad; que á sus naturales emociones reúne la de poder exhibir los billetes de Banco ante el público. Prohíbese el juego, y los frontones acabarán.

Los concurrentes se exaltan, pero los aplausos que allí resuenan no brotan del entusiasmo, salen de los rincones donde la codicia mora. El *pelotari* que pier-

de un tanto es un ladrón para el que apostó por él; un estafador que acaso se haya puesto en combinación con sus contrarios.

Nada de nobles apasionamientos, ni de grandes emulaciones. En el fondo de todo aquello ruje la avaricia, el afán de adquirir dinero sin esfuerzo ni fatiga. Por perder un duro menos se hacen proposiciones desastrosas.

¡Bravo por Portal! ¡Bien por Irún! ¡Vitor por Tandilero!... Estas exclamaciones, al igual que las imprecaciones y los silbidos, tienen un sonido metálico que da frío; parecen salir de gargantas formadas con piltrafas de usureros.

De una chaqueta remendada ó de una blusa sucia sale á lo mejor una porción de billetes de Banco. ¿Cómo entraron en ella, por el trabajo ó por malas artes? ¿Quién se fija en eso, siendo buenos los billetes? Una equívoca señora abre su portamonedas y lo vacía. ¿Y por qué no? ¿Acaso el dinero de la prostitución no corre en la plaza? Un caballero compromete una cantidad que acaba de sacar á un prestamista hipotecando su buen nombre: cada cual puede encañallarse como guste.

Las personas honradas que concurren porque la moda las empuja se escandalizan de lo que ven... pero van, contribuyendo así á la animación que necesita el espectáculo, y convirtiéndose en cómplices de un vicio que no ejercen.

Las condiciones del juego importan poco á los que arriesgan el dinero.

¿Que las empresas de los frontones retiren el tres por ciento de las apuestas, escandalosas puertitas que llevan á sus cajas en unas cuantas funciones el importe íntegro de una? Y eso ¿qué? ¿Quién discute el más ó el menos en la bolsa de la inmoralidad? Al que pierde se le da poco que su dinero vaya á parar á la empresa ó al que apostó contra él; y el que gana, no va á reparar en un tres ó un cuatro por ciento menos.

¿Que pudiera darse el caso de que esas mismas empresas ó cualquier individuo se pusieran de acuerdo con este ó aquel *pelotari* para saber de antemano si iban á ganar los blancos ó los azules y hacer apuestas sobre seguro? Mejor; á río revuelto, ganancia de pescadores.

Y mientras todo esto ocurre á ciencia y paciencia de las autoridades, presenciándolo los ministros, el clamoreo de la miseria se acentúa, los industriales se declaran en quiebra, los comerciantes cierran sus establecimientos, los agricultores ven pasar sus fincas á la Hacienda en pago de impuestos, los obreros no trabajan, la mendicidad aumenta, los robos menudean, faltan fondos para el suministro de los hospitales y el sostenimiento de los hospicios, el desaliento cunde y no se habla mas que de la bancarrota próxima.

Pero á bien que los frontones de *Fiesta Alegre* y de *Jai-Alai* desmienten esas catástrofes, esas miserias, esos terrores... ¿He dicho que las desmienten? Pues he dicho mal: las confirman. El apetito de lucro, el ansia por reunir dinero de cualquier modo, los puñados de billetes que corren de silla á palco, de tendido á grada, prueban claramente que este país está degenerado y perdido; que las gentes no buscan ya en el trabajo la satisfacción de sus necesidades, y que apelan á la inmoralidad, en esta ó aquella forma, para sostener la apariencia de un bienestar que agoniza.

Hay que levantar el nivel moral de este pueblo, ó de lo contrario no habrá salvación; que combatir la inmoralidad de los gobernantes, sin perdonar la de los gobernados; que protestar contra todo lo que signifique rebajamiento, afeminación, olvido de los deberes morales; sólo así tendremos derecho á oponernos á las propagandas encaminadas á subvertir el llamado orden social.

J. N.

DE ACUERDO

El Sr. Pi hablando del último manifiesto del señor Zorrilla:

Justamente eso, la oportunidad y la necesidad, son las condiciones que faltan en el último manifiesto del señor D. Manuel Ruiz Zorrilla; por eso ha aparecido en las columnas de algún diario entre la más completa indiferencia.

Ningún acontecimiento determinaba la publicación de ese manifiesto; ninguna actitud nueva del Sr. Ruiz Zorrilla lo aconsejaba; nada nuevo se dice en él, nada nuevo podía decirse.

¿Para qué el manifiesto? Para repetir lo que antes se ha dicho, era innecesario; para ratificarse y confiarse en la actitud adoptada, huelga casi todo; dos líneas bastaban y aun sobraban para eso.

Estimándolo así, dicho se está que no vamos á examinar el documento de referencia, porque si lo hiciéramos incurriríamos en el defecto mismo que estamos censurando.

No; si documentos de ese linaje han de tener la im-

portancia que es conveniente y es necesario que tengan, deben reunir las condiciones de oportunidad y de necesidad que este de ahora no reúne.

La polémica acerca de lo que en él se dice, que no es sino la repetición de lo que en otros se ha dicho, resultaría estéril y enojosa.

Véase las razones que tenemos para no analizar ni discutir ese manifiesto, del cual la opinión general de amigos y de adversarios ha dicho, y con eso está dicho todo, que es un documento impertinente.»

Conformes, enteramente conformes en esto con el Sr. Pi.

PALOS Y PEDRADAS

¿Por qué tanta animación en casinos y comités zorrillistas, pistas y salmeronianos? Porque se anuncian elecciones de diputados provinciales para Septiembre, y se preparan con tiempo.

Tanta abnegación, tanto desinterés y tanto sacrificio por la causa merecen en verdad que se señale á la admiración de las edades futuras.

Pues gracias á la minoría de las Cortes, del ayuntamiento y de la diputación, la monarquía tiene ya... sus siglos contados.

La Agencia Fabra ha publicado este telegrama: «Paris 1.º—En un despacho de Roma que publica el periódico *Le Temps* se dice que el Sr. Ruiz Zorrilla hizo entregar á su santidad León XIII de una copia de su último manifiesto, creyendo obtener del Vaticano alguna frase benévola en vista de la actitud del Pontífice con la República francesa.»

El País no cree que el Sr. Zorrilla haya dado ese paso. Aguardamos á que se confirme para juzgarlo con dureza.

El salón de sesiones del Congreso está casi vacío todas las tardes. Se discuten los presupuestos, y no es cosa de perder el tiempo en asunto tan baladí.

¡Gastos, ingresos, economías!... ¡Bah! ¿Qué importancia tiene eso? Por lo tanto, los diputados se distribuyen en los paseos, la plaza toros y los frontones.

Y pensar que á la misma hora están sudando por esos pueblos tantos infelices para sostener tanta mentira y tanta farsa!

Es cierto que hay un empleado en el Congreso, el señor Fernández Martín, que reúne por varios conceptos ciento treinta y dos mil reales de sueldo anual.

Todo lo que se ha armado sobre el descuento de los empleados del Congreso, ¿ha sido principalmente por favorecer á ese señor y á otros empleados de categoría?

Los diputados republicanos están en el deber de que esto se aclare.

Muchos republicanos que están deseando oír la autorizada voz del Sr. Salmerón en el Congreso extrañan que no haya tomado ya posesión del cargo.

Y lo extrañan doblemente, por cuanto el Sr. Salmerón declaró que renunciaba al sueldo de catedrático, única dificultad que podría haber habido para resolver su admisión.

Hay quien se explica el fenómeno de que la gente acuda sollozando á los frontones, porque ve allí volteando lo que no halla por parte alguna, y que es indispensable para realizar actos viriles, tanto en política como en todo orden de ideas.

Es muy posible.

El ayuntamiento presidido por don Bosch-Ciñeles ha negado la creación de treinta escuelas en Madrid. Es verdad que en compensación dará 25.000 duros al pintor Busato por una mascarada cívica para el centenario, pagando además caballos y personal.

Los republicanos, sin novedad, todos buenos.

Los diputados de la minoría se han reunido. No han hablado de la acusación contra Romero Robledo ni del día que el Sr. Salmerón tomará posesión del cargo de diputado.

OBRAS NUEVAS

LAS MUJERES

por

ALFONSO KARR

OBRA NOTABLE É INTERESANTE

DOS PESETAS

MADemoiselle DE MAUPIN

por

TEOFILO GAUTIER

La obra más hermosa y más poética y más genial del ilustre autor.

PRECIO: TRES PESETAS

Los suscriptores directos á EL MOTIN, y los que en adelante se suscriban, pueden adquirir estas obras, y las demás de nuestra Biblioteca, con el cuarenta por ciento de rebaja, francas de porte. Pago adelantado.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.